

# ENTRE EL FASCISMO Y LA LIBRE EMPRESA

EDUARDO DE BENITO



La señora Thatcher baila con el alcalde de Blackpool, Cyril Muttal, durante la última conferencia de los conservadores.

**L**a sexualidad del 25 por ciento de los machos cabríos británicos es deficiente. Para poner remedio a esta situación, el señor Terry Boundy, veterinario del condado galés de Montgomery, ha diseñado un eyaculador artificial, accionado por pilas eléctricas.

No ha sido esta, desde luego, la noticia del mes en Gran Bretaña. Ni tampoco puede considerarse de extraordinaria importancia el hecho de que el comienzo de la huelga decretada por el Sindicato Nacional de Empleados de Funerías (grito de combate: "Queremos un salario que nos permita vivir") coincidió con la inauguración en Brighton de la asamblea plenaria anual del Partido Laborista, en cuyas sesiones, por cierto, una moción en la que se pedía el "entierro" de la Cámara de los Lores fue aprobada por abrumadora unanimidad. Estas cosas pasan en la democracias parlamentarias.

Abrumadora (en más de un sentido) fue también la unanimidad demostrada, una semana más tarde, por los conservadores en la mayoría de sus objetivos políticos y económicos durante su plenaria en Blackpool. La señora Thatcher, que nunca habla engañado más que a los que quieren dejarse engañar, se desnudó, al fin, sin pudor, ante las hordas consevadoras,

hambrientas de libre empresa y de pena capital.

Hace un par de años, escenas como las que contemplamos los periodistas en Blackpool el mes pasado habrían hecho sonreír al observador desapasionado, igual que habrá sonreído probablemente el lector de TRIUNFO al toparse con el lenguaje granguñolesco de la frase anterior. Pero hoy la situación es distinta. El National Front, heredero de los postulados fascistas de sir Oswald Mosley y portaestandarte del racismo furibundo en Gran Bretaña, ha ido engrosando sus filas y aumentando su porcentaje de votos de modo alarmante en las elecciones municipales celebradas en los dos años recién transcurridos. A nivel de pequeña burguesía, o clase media baja, como se la llama aquí, su campaña de reclutamiento ha tenido mucho más éxito de lo que se supone, o de lo que se quiere admitir oficialmente, entre el servicio de prisiones, los funcionarios de Inmigración y la Policía. Pero no nos llamemos a engaños: el NF no es un "poujadismo" pequeñoburgués con objetivos racistas. Su fuerza principal reside en una facción obrera que votaba laborista y que ahora, con un millón y medio de desempleados y cerca de tres millones de inmigrantes de color, siente su porvenir amenazado. Sus argumentos simplistas ("si se

echara a los negros y a los indios habría trabajo para todos, escuelas para todos y viviendas para todos") hacen mella en un proletariado que nunca se ha distinguido por su conciencia política. Estos nuevos reclutas del NF pertenecen, desde luego, a la facción más "lumpen" y más ignorante de la clase obrera, el vivero principal de todo movimiento fascista. El problema, para determinar el peligro real que significa un movimiento de este tipo, está en averiguar la importancia numérica de ese lumpenproletariado; un problema difícil de solucionar mientras no se publiquen estadísticas. Los líderes del NF, sin embargo, se sienten ya con fuerza suficiente para organizar manifestaciones callejeras por los "ghettos" negros de Londres y de las principales ciudades industriales del Norte e incluso para abrir sus filas a la infancia, con la creación, a mediados de octubre, del Young National Front para militantes de doce a dieciocho años. La aparición de esta juventud fascista ha ido acompañada de la distribución en varias escuelas de un periódico en el que se pide a los educandos blancos que se unan a la campaña racista. "La calidad de la enseñanza primaria y secundaria —se dice en uno de los números del periódico— sólo podrá mejorar cuando los negros y los indios hayan desaparecido de nuestras escuelas".

Ni que decir tiene que la izquierda y los liberales han reaccionado con vigor e incluso con violencia, a veces, en contramanifestaciones callejeras, ante el crecimiento de este nuevo cáncer en la sociedad británica. Pero el cáncer sigue ahí. El Gobierno, por su parte, condena públicamente al NF; pero le reconoce su derecho democrático (?) a existir. La jerarquía de la Iglesia —católica y protestante— condena, también abiertamente, el resurgimiento del fascismo; pero Martin Webster, coordinador nacional del movimiento, pudo anunciar con orgullo hace unas semanas que el NF contaba entre sus miembros a cinco o seis eclesiásticos. Uno de ellos, el reverendo Terry Sponge, de cuarenta y cinco años, tuvo que dimitir de su cargo de capellán de pri-

siones después de haber sido denunciado. Al preguntarle un periodista que cómo podía conciliar su fe cristiana con la pertenencia a un movimiento racista, el reverendo contestó: "Mis ideales cristianos consisten en estar orgulloso de ser blanco y ser británico. Estoy asustado de lo que ha ocurrido en la tierra en que nací (el reverendo Sponge llegó de Rhodesia hace unos meses). En cualquier otra parte del mundo, los inmigrantes sin empleo habrían sido expulsados del país".

Paralelamente al avance del NF, el odio conservador a los sindicatos, azuzado por el conflicto laboral de la empresa de revelado fotográfico Grunwick, en el que miles de piquetes sindicales se enfrentaron a patadas y puñetazos este verano con una Policía cada vez mejor adiestrada para reprimir a la izquierda ha permitido que organizaciones como la NAFF (National Association for Freedom) surjan al primer plano de la actualidad ofreciendo sus servicios desinteresados a los patronos que, como el de Grunwick, despiden a sus obreros en cuanto éstos tratan de sindicarse.

La NAFF está dirigida por Robert Moss, que a sus hazañas como experto cazador de "brujas" nacionales y extranjeras y propagandista eximio de las dictaduras latinoamericanas del Cono Sur, ha añadido ahora la distinción de ser el paladín del antisindicalismo, un antisindicalismo que, naturalmente, no se presenta como tal, sino más bien como una defensa del derecho inalienable del individuo a aceptar o no la sindicación.

El señor Moss organizó con éxito varias reuniones en la periferia de la plenaria conservadora de Blackpool; reuniones que se vieron honradas con la presencia de numerosas personalidades del Partido Conservador. Mientras en ellas se debatían tácticas para salvar a Gran Bretaña de la subversión izquierdista, en la tribuna de la asamblea, Air Keith Joseph, mentor económico de la señora Thatcher, explicaba cómo una futura Administración conservadora, aparte de reducir drásticamente gastos públi-

cos, cortarían también por lo sano los impuestos a la renta, transfiriendo la carga tributaria a los impuestos directos. De ese modo se preservaría la libertad del consumidor para decidir cómo gastarse su dinero. Los ricos, desde luego, al pagar muchos menos impuestos a la renta, se harían mucho más ricos, y los pobres, con un presupuesto público reducido a su mínima expresión en los capítulos de educación, salud pública y gastos sociales y con un gravamen suplementario en los productos de consumo..., bueno, de los pobres no se habló. Sí se habló, en cambio, del "pobre" Ian Smith, acosado, por un lado, por las guerrillas negras marxistas y por otro por los norteamericanos y el Gobierno laborista, que se han comprometido a imponer una solución externa al problema de Rhodesia. La restauración de la pena capital (los líderes conservadores prometieron someter el asunto a la votación del Parlamento si triunfaban en las próximas elecciones) produjo ovaciones tan fervoro-

sas como estridente fue el abucheo con que la asamblea recibió al único conservador (un estudiante de Oxford) que tuvo la osadía de criticar a Smith y a su política racista.

En su discurso de clausura, Margaret Thatcher declaró: "La mejor respuesta al socialismo absoluto (¿de quién estaría hablando?, nos preguntamos algunos periodistas) no es un socialismo pasado por agua (la puya iba dirigida a la facción 'blanda', encabezada por Ted Heath), sino un conservadurismo auténtico. Hay suficientes indicaciones ya de que nos encaminamos hacia un Estado socialista total, que está destruyendo las libertades que todos amamos. Los extremistas laboristas nos están llevando hacia una Gran Bretaña hecha a imagen y semejanza de la Europa oriental". Entre aplausos ensordecedores, Margaret Thatcher prometió "liberar al pueblo británico".

Con el National Front haciendo patria, a expensas de la inmigración de color, y la NAFF y similares, junto con los conservadores, defen-

diendo la libertad, las izquierdas, es decir, la minoría socialista dentro de la socialdemocracia laborista, ya no habla, ni siquiera en privado, de lo bien que le vendría a este país que los conservadores ganasen las próximas elecciones para revitalizar la conciencia política de la clase obrera: cuando "Patria y Libertad" se transforma en el "eslogan" conjunto de la oposición, la única salida es apretar filas, que es lo que hizo el laborismo en su plenaria de Brighton, y tratar de ganar las próximas elecciones, cosa que ahora, con una libra fuerte, con las concesiones tributarias hechas por el ministro de Hacienda en el presupuesto de últimos de octubre y con un descenso inesperado en el número de parados, se ha transformado en una verdadera posibilidad. Otra nota esperanzadora en el panorama británico, alejada de la política partidista, pero no por ello menos importante, ha sido la inauguración, a mediados de octubre, del primer gran mural de pintura dedicado a la clase trabajadora, inspira-

do en la clase trabajadora y pintado por dos artistas, David Binnington y Desmond Rochfort, que han optado con valentía por un realismo social que choca con todos los conceptos prevalecientes en materia de arte. "Nuestro propósito —explican Binnington y Rochfort, en una declaración distribuida a la prensa— no es llevar el arte al pueblo, sino sacar del pueblo el contenido de nuestro arte: de las clases trabajadoras, de su historia y de sus organizaciones". Es esperanzador, más que nada, el hecho de que por primera vez el Consejo Británico de las Artes haya asignado un presupuesto (8.000 libras) a una obra de este tipo. Las tres mil libras restantes que costó la realización del proyecto fueron aportadas por un fondo privado para decoración mural. El emplazamiento elegido fue una de las "Y" gigantescas que soportan, en pleno centro de Londres, a la autopista de Oxford. El barrio que rodea a la autopista en esa parte de la capital (Paddington Norte) es pobre, con cabinas telefónicas destrozadas por la chequería marginada que lo habita y pintadas de tema futbolístico y gamberril. "Sin embargo —me decía Desmond Rochfort, que ha sido profesor de arte durante tres años en el presidio londinense de Wormwood Scrubs— nadie ha tocado el mural durante los dieciséis meses que hemos tardado en realizarlo. Ni un rasguño; ni una sola pintada".

Durante el período de gestación del proyecto, Rochfort y Binnington se reunieron constantemente con los vecinos del barrio, explicándoles cuál era su propósito y discutiendo con ellos las ideas que iban surgiendo de esas reuniones. El resultado de esta total compenetración y del innegable talento de ambos artistas ha sido una obra, única hasta la fecha, en la producción artística británica.

Rochfort, en la mejor tradición de los muralistas revolucionarios mexicanos, cubrió la parte externa de la "Y" con escenas de un realismo sobrecogedor, aunque nunca sensacionalista, sacadas de la industria de la construcción. Binnington, con un realismo más sarcástico y una pintura más plana, expone los problemas que confronta el pequeño funcionario administrativo de un gran complejo industrial: la burocracia, el aburrimiento aplastante y la ilusión de seguridad y bienestar material.

La pintura utilizada, a base de elementos minerales inorgánicos, rociados con silicato de potasio, se transforma en una capa exterior de piedra, inalterable por la acción de los elementos.

Los recios brazos negros y blancos de los obreros de Rochfort y los hombres-tuerca que conforman el engranaje administrativo del mundo descrito por Binnington seguirán atrayendo la atención y el respeto de los vecinos, mientras dure la autopista... a menos que alguien decida un día recubrirlos de pintura negra, en aras de la patria y la libertad. ■



Aprovechando uno de los pilares de la autopista de Oxford, en pleno centro de Londres, dos artistas británicos, David Binnington y Desmond Rochfort, han realizado un homenaje pictórico a la clase trabajadora. (Foto de HUGO SABOGAL)



Escortado por la Policía, el organizador del Fascista Frente Nacional, Martín Webster, se pasea solo con una pancarta en la que protesta contra la prohibición a su partido de que se manifieste públicamente en Manchester.